

# Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Nº 212 - 01 de enero de 2019

## Conversión y aceptación de San Pablo

El libro de los Hechos lo menciona a Saulo una sola vez antes de su conversión. Es para decir que fue testigo y cómplice de la ejecución de Esteban, el primer cristiano en morir por su fe en la Resurrección. Fiel imitador de su Maestro, Esteban había rezado por sus verdugos, para que Dios les perdonara su crimen: “Señor, no les tengas en cuenta este pecado”.

Fueron las últimas palabras del diácono mártir. Dios las escuchó y es lo que explica la conversión del perseguidor.

Saulo se acercaba a Damasco, con la intención de traer presos a Jerusalén a los adeptos de Cristo que encontrara en la ciudad. De repente, una luz grande la envolvió con su resplandor, y oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús, a quien le persigues. Ahora levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer”.

A partir de ese momento inolvidable, no podía haber más dudas en el corazón de Pablo: el Señor Jesús había resucitado realmente, porque él mismo acababa de encontrarlo. Comprendía ahora de dónde Esteban había recibido la fuerza interior que lo llevó hasta dar su vida por Cristo.

Además, Pablo lo explicó – más adelante – a los cristianos de Corinto en otras palabras. Les escribió que todos juntos formamos un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo y nosotros los miembros. Compartimos la misma vida de Cristo, y esto debido al Bautismo. Y así va creciendo en torno a Cristo resucitado la comunidad de la Iglesia, la Familia de Dios.

Y así, en el camino a Damasco, el hombre prepotente que era Saulo se hizo un humilde discípulo de Cristo: ¿qué quieres tú que yo haga? le pregunta al Señor. El perseguidor fanático se va transformando en un apóstol generoso. Estaba convencido de haber encontrado al Señor resucitado en persona, y de haber recibido de Él el perdón de sus culpas.

Sin embargo, le faltaba todavía algo muy importante. Necesitaba entrar de lleno en la comunidad de los discípulos de Cristo, ser aceptado como verdadero hermano por todos los demás. Pero debido a los antecedentes, no era asunto fácil. Hay cosas que no se pueden olvidar. Seguramente más de una familia cristiana de Jerusalén había perdido un ser querido en esa persecución en la cual Saulo había tomado parte.

Se entiende, por eso, que muchos cristianos de Jerusalén no creían en su conversión. Pablo se habría quedado fuera del grupo, y a lo mejor se habría desanimado, y la Iglesia no contaría con este gran Santo y Apóstol sin la actuación propiamente cristiana de otro hombre: Bernabé.

El Señor les había perdonado a todos sus pecados. Ahora les tocaba olvidar y perdonar a Pablo. El Señor los había reunido en una gran Familia. Ahora debían darle confianza a Pablo, creer en su conversión y acogerlo con amor sincero dentro de su grupo.

Y lo hicieron, gracias a la intervención de ese bienaventurado hombre: Bernabé, el conciliador, el hijo de la paz. Los fieles de Jerusalén que acogieron a Paulo, acogieron una vez más al Señor resucitado.

Así debemos hacer nosotros. Y si lo omitimos, perdemos nuestro tiempo, y muy probablemente nuestra eternidad también. Así deben ser los frutos que el Señor quiere cosechar de nosotros.

La verdad es que muchas veces no se ven los frutos que deberíamos dar. Poco amor se ve entre los hombres, y aún entre los cristianos que van a misa todos los domingos. Dios nos juzgaría a partir de esas palabras de san Juan: “No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad”.

Estos son los verdaderos frutos que daremos si permanecemos unidos a Jesús. Estos son los frutos que el Señor resucitado espera de nosotros.